



CATACUMBAS DE PRISCILA (Vía Salaria, Roma)
Donde fueron sepultados San Félix y San Felipe

dres carnales temen sobrevivir a los suyos. A la gloria de su martirio particular, dice el mismo santo Padre en la homilía que predicó sobre **Santa Felicitas**, se puede decir que añadió la del martirio de sus hijos, y que fue ocho veces mártir.

Estos santos mártires fueron depositados en lugares distintos. **Genaro** en el cementerio de Pretextato; **Félix y Felipe** en el de Priscila; **Silvano** en el de Máximo; **Alejan-**

dro, Vidal y Marcial, en el de los Jordanes en la vía Salaria. En el siglo V el cuerpo de la gloriosa madre estaba en este cementerio, que ya entonces se llamaba de **Santa Felicitas**. El Martirologio romano señala hoy la fiesta de los siete hermanos y la de la madre el día 23 noviembre.

SANTA FELICITAS
¡Ruega por nosotros!

Este folleto ha sido realizado por los sacerdotes de la Fraternidad San Pío X
Para encontrar la capilla más cerca de su casa y hablar con un sacerdote:
<http://www.fsspx-sudamerica.org/>

SANTA FELICITAS Y SUS 7 HIJOS,

Siglo II

MÁRTIRES

Fiesta: 10 de julio

UNA SANTA VIUDA

Por los magníficos elogios que los santos Padres tributan a **Santa Felicitas**, se deja bastante entender que no solo fue una de las más virtuosas, sino de las más distinguidas señoras de Roma, así por su calificada nobleza, como por los empleos de su no menos ilustre marido. Vivió hacia la mitad del segundo siglo, en tiempo de los emperadores **Antonino** y **Marco Aurelio**. Es muy verosímil que también fue cristiano su marido, cuando permitió que ella lo fuese, y que criase a sus hijos en la fe y en el santo temor de **Dios**.

Muerto el marido en el año 160, se persuadió **Felicitas** que el Señor había disuelto el lazo que la tenía ligada a su esposo, para que, en adelante, él sólo ocupase todo su



corazón. Hizo voto de no pasar a segundas nupcias, pareciéndole el estado de la viudez muy propio para santificarse; y renunciando las galas, el fausto y la profanidad, se dedicó a copiar perfectamente el retrato de una viuda cristiana, que hace el apóstol **San Pablo**.

MODELO DE EDUCADORA

Desde luego encontró grandes atractivos en la soledad y en el retiro. Pasaba gran parte del día y de la noche en sus devociones; pero como sabía muy bien que la primera

de todas ellas debía ser la educación de sus hijos y el gobierno de la familia, a ésta se aplicaba principalmente. Tenía siete hijos, todos de poca edad, **Genaro, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro, Vidal y Marcial**, los cuales, por el cuidado que tuvo su santa madre de criarlos piadosamente, no solo con sus lecciones, sino también con sus ejemplos, desde muy jóvenes se hicieron unos santitos.

Les hablaba continuamente del oropel y falsa brillantez de los honores de esta vida, como de la brevedad, vanidad e inconstancia de los bienes caducos y perecederos de este mundo, explicándoles frecuentemente la gloria que gozaban los bienaventurados en el cielo. “¡Qué dichosos seríais, hijos míos, les decía muchas veces, contándoles lo que padecían en Roma y en otras partes tantos ilustres mártires; *qué dichosos seríais vosotros, y qué afortunada madre sería yo, si algún día os viera derramar vuestra sangre por Jesucristo!*”

Las continuas oraciones que hacía por ellos, y sus fervorosas palabras, inflamaron de manera a aquellas inocentes almas en el de-

seo de ser mártires, que cuando se juntaban los siete hermanos no acertaban a hablar entre sí de otra cosa que del martirio.

“Yo, decía **Genaro**, *soy el mayor de todos; y por mayor tengo derecho a dar mi sangre por la fe antes que otro alguno*”.

“Aunque los dos seamos los más pequeños, replicaban **Vidal y Marcial**, *no seremos menos generosos; y si el tirano quisiera perdonarnos por más niños, levantaríamos tanto el grito diciendo que somos cristianos, que se encontraría obligado a no negarnos la corona del martirio*”.

“¿Y los demás, decían los otros, *piensas que nos quedaríamos mudos? También tenemos nuestra lengua, y también sabríamos gritar de manera que nos oyesen*”.

Oía la virtuosísima señora con indecible gusto este piadoso desafío de sus hijos, y pedía sin cesar al **Señor** que se dignase escogerlos por sus inocentes víctimas.

ENEMIGOS DEL IMPERIO

Hacia tanta impresión en los corazones la ejemplar vida de **Feli-**

“No señor, respondió el niño; *pero estoy pronto a morir antes que sacrificar a los demonios*”.

“¿Y quiénes son los demonios?” replicó **Publio**.

“Los dioses que vosotros adoráis, respondió **Vidal**, *a los cuales querías tú que yo ofreciese sacrificios; pero no te canses, que no lo haré aunque me quites la vida*”.

Marcial, que era el más pequeño de todos mostró una intrepidez y un valor igual al de los demás y con el miedo de que le perdonasen por tan tierno, gritaba sin cesar: “Yo también soy cristiano; también tengo tanto horror a vuestros ídolos como mis hermanos; yo también quiero morir, porque soy cristiano, soy cristiano”.

OFRECIENDO SU VIDA POR CRISTO

Se asombró **Publio**, no pudiendo menos de admirar tanto valor y tanta resolución en aquella tierna edad.

Mandó asegurar en la cárcel a todos los siete hermanos, y pasó a dar cuenta del interrogatorio al emperador, que no quedó menos



asombrado; pero dio orden para que al instante los quitasen la vida.

Se llenaron de gozo los santos mártires cuando los intimaron la sentencia, y fueron al lugar del suplicio como al teatro de su triunfo.

Genaro fue azotado con escorpiones de plomo, y espiró en este tormento; **Félix y Felipe** murieron molidos a palos; **Silvano** fue precipitado; a **Alejandro, Vidal y Marcial** les cortaron las cabezas. La misma suerte tuvo **Santa Felicitas**, siendo degollada la postrera. Temía tanto, dice **San Gregorio**, dejar a sus hijos en esta vida, como los pa-

a azotes, y a condenarte a los más crueles suplicios”.

“Mi madre fue muy cuerda, respondió **Genaro**, y yo sería un insensato, si por miedo de tus tormentos me procurase una muerte eterna. ¿Es cordura desobedecer a mi Dios por obedecer al príncipe? No temo los azotes ni los suplicios, y espero que mi **Dios** me dará gracia para que le sea fiel hasta la muerte”. Al oír el juez tan determinada respuesta, mandó que le azotasen cruelmente, y después le llevasen a la cárcel.

Creyendo el prefecto que encontraría al segundo más dócil y menos resuelto, intentó engañarle, haciéndole un largo razonamiento sobre el quimérico poder de sus dioses. Le interrumpió **Félix**, y le dijo con intrepidez: “No es menester

más que una tintura de razón y de buen juicio

para conocer que todos vuestros dioses son puras fábulas. Ten entendido que ni hay, ni puede haber más que un solo **Dios** verdadero. Esto es lo que yo creo, y esto es también lo que

“Ten entendido que ni hay, ni puede haber más que un solo **Dios** verdadero. Esto es lo que yo creo, y esto es también lo que creen todos mis hermanos”

creen todos mis hermanos: no serán capaces todos tus tormentos de alterar nuestra fe, ni disminuir el amor que profesamos a nuestro Salvador **Jesucristo**, por cuya gloria nos tendremos por dichosos en derramar nuestra sangre, y en dar nuestras vidas”.

Atónito el prefecto con tan valerosa respuesta, mandó que le tratasen como al primero. Y juzgando por la de estos dos la disposición de los demás, dio orden para que a todos los llevasen a la cárcel, dejando sólo en el tribunal a los dos más pequeños, que por más tiernos y más niños creyó serian más flacos y menos resueltos.

Los acarició y halagó, procurando ya engañarlos con promesas, y ya espantarlos con amenazas; pe-

ro los halló tan bien instruidos, y tan determinados como todos los demás.

“No pienses, dijo el niño **Vidal**, que porque soy más pequeño que mis hermanos he de ser menos generoso que ellos”.

“¿Pues qué, le preguntó el juez, estás ya cansado de vivir?”

licitas y de sus hijos, que no solamente se edificaban y se confirmaban en la fe los cristianos de Roma, sino que hasta los mismos gentiles se admiraban; y persuadidos muchos a que no podía menos de ser verdadera aquella religión que profesaban almas tan puras y tan santas, renunciaban sus impías supersticiones, y abrazaban el cristianismo.

Se sobresaltaron tanto los sacerdotes de los ídolos, que acudieron al emperador **Marco Aurelio**, el cual se hallaba a la

sazón en Roma, y le representaron que no había que esperar el favor de los dioses inmortales, mientras **Felicitas** y sus siete hijos hiciesen tan alto menoscabo de ellos en medio de la capital del imperio; que así el bien del estado como el honor de su majestad imperial se interesaban mucho en que ya no se sufriese que

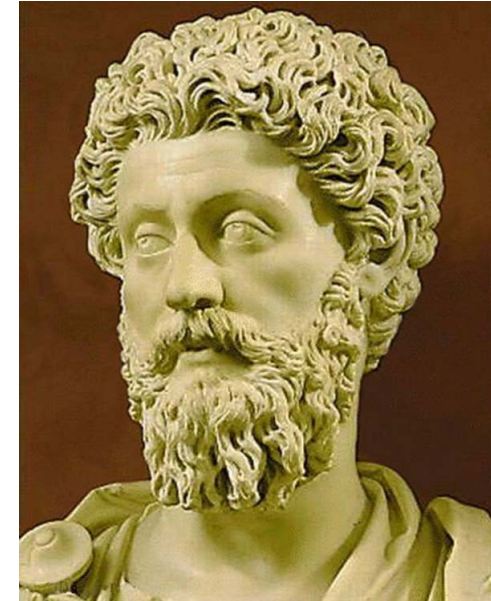
aquella atrevida familia insultase por más tiempo la antigua religión de los romanos; y que para aplacar la cólera de los dioses, suplicaban a su majestad expidiese sus órdenes

imperiales, mandando que aquella señora y sus hijos públicamente les ofreciesen sacrificios.

Intimidado el emperador con esta representación, y siendo por otra parte muy celoso de sus supersticiones, dio orden para que la madre y los hijos fuesen arrestados, encargando a **Publio**, prefecto de

Roma, que prontamente los acabase con ellos, si se resistían a obedecer y a sacrificar a los dioses, para aplacarlos.

En atención a la nobleza, a la reputación y a las extraordinarias prendas de aquella señora cristiana, tentó el prefecto todos los medios



Marco Aurelio
emperador romano
(121 - 181)



“Mis hijos vivirán eternamente si perdieren la vida por tan buena causa”

que pudo para ganarla y para reducirla.

“POR CRISTO HE SACRIFICADO TODAS LAS COSAS”

(FILIPENSES 3, 8)

No se puede explicar el gozo de la cristiana heroína y de sus hijos cuando se les intimó de orden del emperador que compareciesen ante el prefecto. Al punto partió **Felicitas** a casa de este magistrado, el cual la recibió con el mayor honor, y le habló con grande cortesanía, di-

ciéndole que el emperador tenía voluntad de colocar a sus hijos en los más distinguidos empleos, como ella y ellos sacrificasen a los dioses del imperio; sin lo cual, añadió, temo que todos seáis condenados a los más crueles tormentos.

*“Señor, respondió la Santa con mucha modestia, pero con igual resolución, tan poca fuerza me harán los tormentos como las promesas; porque el **Espíritu Santo**, que habita en mí, fácilmente me puede sacar victoriosa de todos los esfuerzos del infierno. Toda mi confianza la tengo*

*puesta en mi **Dios**; y como yo y mis hijos le seamos fieles, espero que no nos venzan ni los suplidos ni los halagos”.*

Admirado **Publio** de semejante respuesta, le dijo: *“¡Pobre señora, y qué lástima os tengo de que miréis la muerte con esa complacencia! Por lo menos dejad vivir a vuestros hijos”.*

*“Mis hijos, replicó **Felicitas**, vivirán eternamente si perdieren la vida por tan buena causa; y desde luego los tendría yo por muertos, si por vivir cayeran en la flaqueza de sacrificar a los ídolos”.*

Pasó esta conferencia privadamente en casa del prefecto sin formalidad de juicio; pero el día siguiente se dejó **Publio** ver en su tribunal del Campo Marcio, y compareció ante él la madre con sus siete hijos, llevando todos vivamente pintada en el semblante la alegría de sus corazones.

Movido el prefecto de la hermosura de todos, se volvió a la madre, y la dijo: *“¿Es posible que no tengas compasión de esta tierna y bella juventud? Venid, pobrecitos niños, venid, hijos míos, que yo os quiero hacer dichosos”.*

“No, sino eternamente desven-

*turados”, replicó prontamente **Felicitas**, con autoridad de madre, y con resolución de heroína; “digo que los quieres perder, y hacer infelices por toda la eternidad”. Y volviéndose a los niños, prosiguió diciéndoles con entereza y con alegría: “Hijos míos, ya llegó el día de vuestro triunfo: levantad los ojos al cielo, y mirad a **Jesucristo**, que a cada uno de vosotros presenta una corona. Él derramó su sangre por vuestra salvación; derramadla vosotros valerosamente por su gloria; no temáis la muerte ni los tormentos; haceos dignos del martirio por vuestra constancia; mostraos fieles, y manteneos firmes hasta el último suspiro en la fe de **Jesucristo**.”*

Irritado el prefecto al ver la intrepidez de la Santa, mandó que allí mismo la diesen crueles bofetadas en castigo de la libertad y de la osadía con que en su misma presencia se atrevía a exhortar a sus hijos a que fuesen desobedientes a las órdenes del emperador.

Hizo después que se acercasen los hijos; y hablando con el mayor, le dijo: *“Sé más cuerdo que tu madre, y obedece al emperador; si no, voy a mandar que te despedacen*